

Juan
Herrera

LA RADIO DE PIEDRA

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Herrera Salazar, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-904-3

Depósito legal: M. 25.536-2017

Printed in Spain

A José Mari, mi hermano, que siempre va conmigo

Una guerra civil no acaba hasta que se mueren los muertos de la memoria.

Prologuillo

La infancia es un extraño país en el que a todo el mundo le suceden cosas inexplicables. Mi infancia, por ejemplo, la pasé mirando una bombilla. En vez de colaborar con mis compañeros de escuela en la tarea de apedrear gatos o cazar pájaros con pegamento, me pasaba las tardes preocupado por la luz de aquella bombilla.

«¡Se ha ido la luz!», decía mi madre; «¡Ha venido la luz!», decía mi hermano; «¿Se sabe cuándo va a volver la luz?», preguntaban los vecinos.

A mediados de los cincuenta, la luz eléctrica tenía un comportamiento caprichoso. Por cualquier causa aleatoria, ya fuera la hidrofobia de una nube, la meada de un mirlo o la tos de una oveja, la luz cogía el canasto de las chufas y se marchaba sin decir ni pío. Se iba y punto.

Esta frivolidad de la luz, con ser un incordio, no era en sí misma un problema para mí. Mis miedos y angustias derivaban de que si la luz se iba de casa, mi padre —lloviera o nevara y fuera la hora que fuera— tenía que salir al campo a buscarla y traerla de vuelta a casa.

Mi padre era el único empleado de Eléctrica Castellana en cuarenta kilómetros a la redonda; por lo tanto, era el único responsable de que aquella luz huidiza se estuviera quietecita dentro de las bombillas.

Naturalmente, esta hercúlea tarea de mi padre tenía sus consecuencias. Cada vez que la luz se marchaba, mi madre se convertía en un manojo de suspiros y mi padre comenzaba a jurar en arameo, abriendo y cerrando cajones, mientras mi casa se llenaba de sombras temblorosas producidas por las lamparillas de aceite que mi madre encendía entre rosarios.

Este raro ceremonial tenía lugar de puertas adentro. De puertas afuera, nuestra familia mantenía en el pueblo una innegable aura sobrenatural. Mi padre era «el Lucero» del pueblo y, en consecuencia, mi madre, mi hermano y yo éramos «la mujer y los hijos del Lucero».

Si mi padre era el Lucero significaba que «la luz» vivía en mi casa y, por lo tanto, la gente dio en pensar que cualquiera de los miembros de mi familia estaba en el secreto de su conducta: «¿Va a haber luz el sábado?, es que en la radio juega el Real Madrid»; «¿Va a haber luz el jueves?, es que mi mujer se va a poner de parto»; «¿Va a haber luz esta noche?, es que mi padre tiene ganas de morirse».

La luz artificial era un invento relativamente reciente en esa época y, sin embargo, se había dado mucha prisa en convertirse en un elemento imprescindible para el desenvolvimiento de la vida. De hecho, en esos años en mi pueblo había dos tipos de familias: las

que tenían luz eléctrica todo el día y las que la tenían solo de noche.

Las casas que poseían luz de día eran de los ricos; las demás eran de los pobres, que a su vez se dividían en dos categorías: los pobres normales, que tenían luz solo por la noche, y los de solemnidad, que no tenían luz ni de día ni de noche, a excepción, naturalmente, de la luz del sol o de la luna.

Cada día, a la caída de la tarde, en invierno o en verano, mi padre recorría las calles armado con su pértiga. La gente lo esperaba a las puertas de sus casas como se espera un milagro. Rodeado de niños, llegaba a las esquinas, abría un armario, empujaba un interruptor grande que provocaba un chispazo y, entre el jolgorio del vecindario, se hacía la luz en toda la calle. En ese instante mágico, el mundo se iluminaba, y las calles y las personas parecían más bellas.

La luz era escasa, y la mayoría de las familias tenían únicamente una bombilla colgada de un clavo en medio de la cocina al final de un cordón cagado de moscas. Para sacarle partido a esa única bombilla, el ingenio de las gentes había agujereado la parte superior de las paredes, creando unos tragaluces que permitían el reparto de la escasa luz entre el resto de las habitaciones.

En mi casa no éramos ni mucho menos ricos, pero, al ser los Luceros, teníamos muchas bombillas, aunque para no dar envidia a los vecinos, estaban casi siempre apagadas.

Un día mi padre vino en coche desde Madrid con una caja grande. Sin decir nada, la puso sobre la mesa

de la cocina y, con mucho misterio, la fue abriendo muy despacio. Dentro de la caja de cartón había más cartón doblado, mucho cartón, y al final, entre el montón de cartón, se escondía un extraño aparato del tamaño de una sandía mediana que tenía dos botones de nácar y un cristalito en el medio y con muchos nombres de ciudades. Era una radio. Yo tenía cinco años, mi hermano tres, y a partir de ese día mágico, el mundo se vino a vivir con nosotros. En mi casa se oía la radio con el mismo silencio y la misma atención con que se escucha el corazón de un moribundo. Mientras estaba mi padre en casa, a mediodía y por la noche, se oía solo Radio Nacional de España. Él tenía verdadera devoción por «el parte». El parte para mi padre era la palabra de Dios y nadie podía hablar ni hacer ruido durante la escucha, pues le emocionaba hasta su sintonía: como intérprete de bandurria e hijo y nieto de guitarrista, aseguraba que aquella patriótica melodía estaba interpretada por un «requinto», instrumento de cuerda misterioso y completamente desconocido para mí.

Cuando mi padre marchaba a trabajar, mi madre movía el botón y del aparato brotaban las voces de Radio Madrid y de Radio Intercontinental. A mí no me gustaba «el parte», pero me fascinaban las novelas de Radio Madrid. Imaginaba aquellas escenas vividas por gentes elegantes que habitaban en mundos lejanos. Vidas intrépidas, modernas, tan diferentes a las anodinas que me rodeaban. Me pasaba horas mirando el aparato, conjeturando cómo vivirían allí dentro, tan apreta-

dos, todos aquellos personajes. Me imaginaba a esos seres minúsculos que, según mi vecina, salían de la radio solo por la noche. «¿Qué comen? —preguntaba mi hermano—, ¿y cuándo salen a mear?» Pero nadie respondía a aquellas cuestiones. Alguna vez mi hermano y yo nos levantamos de madrugada para tratar de sorprender a aquellos minúsculos habitantes de nuestra radio. Fracasamos. Eran más listos y rápidos que nosotros. Frustrados, encendíamos el aparato y allí, en el silencio y la oscuridad de la noche, escuchábamos bajito músicas desconocidas mientras mirábamos embelesados el cristalito iluminado del dial donde aparecían nombres exóticos como Varsovia, Budapest, Londres, Edimburgo o el Vaticano.

Aquella radio de madera marrón, con su frontal en baquelita blanca, nutrió nuestros oídos y, a través de ellos, nuestra cabeza y nuestro corazón. La radio nos regaló una infancia, nos regaló la voz atiplada de Franco, la radiante y redicha de Bobby Deglané, la malvada de Juana Ginzo, la cantarina de Matilde Vilariño, la clara y precisa voz de José Luis Pécker, la de pan caliente de Alberto Oliveras y las musicales de Alfonso Eduardo Pérez Orozco y Carlos Tena con las que me enamoré del blues. Años de radio. Años de radio espectáculo, radio dramática, radio solidaria, hasta llegar a la radio poética y esencial de Jesús Quintero.

En aquellos años, las semanas eran largas y monótonas como sogas de pozo, los sábados eran un nudo más, pero llegaban los domingos de bronce y misa y,

por la tarde, las paredes de las casas se llenaban de alegría con los goles del *Carrusel deportivo* de Vicente Marco.

La radio ensanchaba la vida y la llenaba de horizontes que salir a descubrir.

La radio era la onza de chocolate del áspero bocado de los pobres.

JUAN HERRERA



La radio de piedra

El calor y la furia

Aquel año hizo tanto calor que se derritieron las perchas en los armarios y las aceras se llenaron de banderas y uniformes polvorientos. El aire ardía, y en los templos la saliva de los clérigos se solidificaba y caía como ceniza caliente sobre las cabezas de los feligreses.

Fue un mes de julio tan insoportable que, para entretener a las moscas, alguien organizó una guerra. Y de repente, en las manos encallecidas por la hoz y la azada, brotaron pistolas y escopetas que, en un parpadeo, llenaron las cunetas de cadáveres sudados que olían a rabia.

En medio de este paisaje enloquecido, en un pueblecito enjalbegado con el miedo, un hombre inquieto, con un trozo de piedra de galena y un retal de cobre embobinado, construyó una radio. Fue una proeza tecnológica tan anacrónica como pretender construir un telescopio espacial con una zambomba y una lupa. Pero funcionaba, y las consecuencias, no siempre agradables, pronto se dejarían sentir.

El rústico aspecto del aparato no dejaba ver el poder que encerraba. Se trataba de una cajita de madera

cruda de esas como de los puros, de la que salían unos cordones entrelazados. Dos de ellos, forrados de tela blanca y rayada, terminaban en unos cascos negros de baquelita, y un tercero, más fino y pelado, con pinta de alambre de tender la ropa, actuaba como antena.

La caja era pequeña, pero la antena era interminable. Salía del aparato y, serpenteando por el suelo de la cocina, seguía por el pasillo, continuaba por la gatera y, una vez en la calle, cobijada bajo los aleros de las casas, trepaba hasta el mismísimo pináculo de la torre de la iglesia.

El inventor y único escuchante de este ingenio se llamaba Brígido Ocaña, aunque todos lo llamaban «el Águila». Este, bien por aburrimento o por afán de notoriedad, se había aficionado desde niño a las tormentas y, a partir de ahí, a todo lo eléctrico. Tenía una voz gorda y unos ojos grandes y espantados bajo los cuales colgaban dos bolsas de pellejo tan generosas que, de haberse-lo propuesto, podrían albergar con holgura sus anteojos. Desde el momento mismo en el que cundió la noticia del invento, el pueblo entero se sintió atraído y alerta.

La *arradio*, o *el radio*, como lo llamaban algunos, se convirtió en el hilo negro que zurcía todas las conversaciones ya fuera en la plaza, en el pilón o en el arroyo donde lavaban las mujeres.

«Se oyen voces del más allá», decían unos. «Se escucha la tos de Franco», comentaban otros. Todos sin excepción hacían cábalas sobre la naturaleza del artefacto y las cosas asombrosas que a través de él podían escucharse.

Lejos estaban todos de imaginar que esa curiosa cajita les traería una nueva y dolorosa experiencia, la de aprender a sufrir de oído. Y es que, hasta la llegada de la radio, estos lugareños curtidos sufrían solo por las penas y desgracias propias o, como mucho, por las que les ocurrían a las personas de su cercanía. A partir de la llegada de la radio, las penas y desdichas de todo el país iban a sentarse a cenar con ellos, todas las noches.

Al llegar la radio, fuera por la novedad o por el olor adictivo de la sangre derramada, los vecinos tomaron la costumbre de ir cada día en procesión, con el alcalde a la cabeza, a escuchar el parte a la casa del Águila.

El ritual comenzaba a la caída del sol. Primero llegaban las mujeres, cargadas de botijos y sillas bajitas, para formar una fila en la acera que se prolongaba hasta el ayuntamiento; más tarde aparecían los hombres con sus toses, y, a eso de las diez menos cuarto, se dejaban oír los primeros siseos ansiosos en demanda de silencio.

Por fin, al dar las diez en el reloj de la torre, el Águila se sentaba ceremoniosamente delante de su mesa camilla, se colocaba los cascos en las orejas, apretaba el botón y, tras un minuto de espera, volvía a ponerse en pie, pero ahora con los ojos cerrados, en estado de trance. Entonces agarraba el alambre de la antena con su mano derecha y, dubitativo, como el que camina pisando charcos, comenzaba a dar pasos a izquierda y derecha.

—Las ondas de radio son de naturaleza caprichosa —solía explicar— y nunca llegan a la cocina por el mismo vericuetto del aire. Cada día hay que encontrarles la

querencia y salir a su encuentro con el respeto con el que se sale en busca de las ánimas del purgatorio.

Había días difíciles en los que el rastreo de las ondas terminaba en la parte más alta de su tejado. Y ahí, de pie sobre el caballete, con el alambre en la mano, el pueblo en pleno contenía la respiración, y hasta los perros y las gallinas parecían quedarse tiosos como si fueran de mimbre. Pasaban los minutos, lentos como bueyes, y no se oía ni el aleteo de un párpado.

De repente el Águila daba un respingo, ladeaba la cabeza, subía el brazo izquierdo, doblaba una rodilla y así, en esa postura inverosímil, se quedaba rígido como un prejuicio. Sobre una sola pierna abría desmesuradamente los ojos y gritaba: «¡Manteca!».

Era oír «manteca» y todos sabían que un día más el Águila había logrado conectar con la guerra.

Llegado ese momento crítico, el pueblo se ponía de puntillas y hasta los corazones se detenían para no hacer ruido, a la espera de que el Águila contara lo que acababa de escuchar. «Franco ha dicho que la Virgen está tan triste que en Zaragoza ha llovido sangre.» Otro día avisaba de que «en Palencia las cabras llevan una semana cagando ranas»; y otro, que «en Teruel se han visto monjas llorando mercurio, como los termómetros».

